

## UNE VIE Y SU ÚNICO HIJO: EL PORQUÉ DE UNA SEMEJANZA

MARTA GINÉ JANER

El título del presente estudio se presta seguramente a sorpresas para más de uno: ¿es justificado asociar a dos autores con una trayectoria vital y literaria a la fuerza dispar, imaginándolos forjadores de similiar sensibilidad? A nuestro entender así es e intentaremos corroborarlo a lo largo de nuestra intervención.

Lo cierto es que el período finisecular que vivieron ambos novelistas es firmemente comparable a pesar de las distancias y de las diferencias políticas y sociales y es comparable sin duda por la manera de ser de Leopoldo Alas. Por más que España estuviera a años luz de las ideas científicas y filosóficas europeas (aunque a partir de 1868 sobreviene una patente atención por la evolución intelectual de otros países), Clarín es uno de los primeros en beber de esa fuente de información llamada París. De forma clara lo reconoce en el prefacio a los *Solos*:

«Ahora los muchachos españoles somos como la isla de Sto. Domingo en tiempo de Iriarte: mitad franceses, mitad españoles, nos educamos mitad en francés, mitad en español, y nos instruimos completamente en francés. La cultura moderna, que es la que con muy buen acuerdo procuramos adquirir, aún no está traducida al castellano.»<sup>1</sup>

Alas poseía un espíritu europeizante y abierto. En el terreno de las inquietudes culturales para él no existieron confines y no es arriesgado asegurar que el saber hispano del último cuarto de siglo le debe la importación de las innovaciones culturales de allende nuestras fronteras. Su internacionalismo cultural le condujo a encontrar en las ideologías que circulaban por Francia, y en las que se bañaba Maupassant, ese algo consubstancial a su propia vida y a su propia obra.

1. L. Alas, *Solos de Clarín*, Madrid, Alianza Ed., 1971, p. 19.

La atmósfera fin de siglo viene marcada por el pesimismo de una generación que ha dejado de creer en la ciencia... los intelectuales girarán en torno a un tipo de influencias venido de Alemania de la mano de Schopenhauer y Wagner. A ello se añadirá la autoridad de Darwin, nuevo sumergimiento en el desencanto. Bourget en los *Essais de psychologie contemporaine* constata el escepticismo de sus contemporáneos, un relativismo generalizado proyectado en angustia...

Tales ideas muestran resonancias en el universo novelístico del escritor de Croisset y éste configura en gran manera el pensamiento y la obra de Maupassant y Clarín. Las novelas de Flaubert exponen el contraste entre lo infinito de las aspiraciones y el desencanto ante la realidad, sus personajes descubren el absurdo de la condición humana.

Cercanos por el momento histórico de su nacimiento, la vida y la Literatura había de aproximar mucho más a estos dos hombres. Ambos se sintieron decepcionados por la coyuntura política que les tocó vivir y expresaron su escepticismo ante cualquier sistema político, en ambos iban a desmoronarse las convicciones religiosas, ambos iban a ser tremendamente misóginos, en ambos la Literatura había de suponer el encuentro definitivo. Los dos son conscientes de la importancia del estilo, del mérito de la originalidad, del error de lo mediocre. Ambos se entregan a la tarea literaria de una manera enérgicamente disciplinaria. Para uno y otro lo único importante es la búsqueda de la belleza, dar ilusión de realidad mediante la concatenación lógica de los hechos de manera que el lector tenga la ensoñación del mundo. Se asemejaron a los naturalistas por la elección de los temas, por el procedimiento de composición y de invención, por fijarse en la mediocre cotidianeidad y alejarse de los grandes destinos.

Estas características y la gama de desilusiones vitales y temporales recorren las realizaciones de *Une vie* y *Su único hijo*. La afirmación, aunque arriesgada, no es gratuita y espero evidenciarla a lo largo de este estudio: Maupassant y Clarín componen un ambiente, unos personajes que tienen mucho en común en sus anhelos y aspiraciones, en sus frustraciones. Incluso una posible solución a la vulgaridad de sus existencias es presentada de forma solidaria. Pero, entendámonos, una y otra novela son claramente diversas y responden a una observación original; Maupassant y Clarín viven, cada uno, profundamente su obra.

El análisis progresivo de *Une vie* y *Su único hijo* ha sido realizado con el propósito de patentizar una semejanza que por igual conmocionan la segunda mitad del siglo XIX. Afines contenidos estructurales, asimismo, se hacen evidentes.

En *Une vie* y *Su único hijo* se asiste en primer término a la exoneración de una concepción existencial que no satisface el ánimo de

los autores: *Une vie* se inicia en plena época romántica. *Su único hijo* presenta una sociedad postromántica, pero unos personajes subsistiendo de esos ideales que el tiempo había convertido en caducos y desfasados. Nos encontramos, en definitiva, ante una recapitación de Maupassant y Clarín sobre un modo de vida, el romántico, que les había fascinado en su propia juventud. Ambas novelas intentan liquidar el pasado con una óptica marcada por el pesimismo de Schopenhauer.

Los personajes de una y otra novela luchan por lo sublime, pero son todos ellos de escasa y pobre altura espiritual. Jeanne, Bonifacio son seres embebidos de un superficial romanticismo adquirido mediante las lecturas y una equivocada educación. Consecuencia inmediata: sustitución del orbe real por un universo forjado a través de la imaginación. El pesimismo engendrado por la mediocridad y vacuidad de la existencia se reemplaza por las ilusiones en una concepción que debe mucho al escritor de Croisset y al filósofo Schopenhauer.

Jeanne y Bonifacio no viven en el presente. Ineptos para acomodarse a su momento histórico, centran sus vidas en lo que ha sido y en lo que puede llegar a ser. Estamos en presencia de dos configuraciones cronológicas en el hilo narrativo: el tiempo concienciado de los protagonistas y el tiempo de la anécdota novelística, rara vez uno y otro son coincidentes. Las secuelas de tales ideas vienen concertadas en una vida inactiva, en una vida que es más inanidad que otra cosa. Soñar en lo que ha de venir, recordar hechos pasados a través de un filtro embellecido, brinda dos seres abocados al error.

Jeanne y Bonifacio son los hermanos pequeños de Emma Bovary: sed, ansia de lo sublime y, especialmente, aspiración a la felicidad... sin percibir el desfase entre los sueños y el instante presente, sin percibir que el hombre es carencia, que la satisfacción personal es momentánea y engendradora de alienación. Los protagonistas ofrecen la conclusión de Schopenhauer: la vida es un oscilar entre el padecimiento y el tedio.

Bonifacio surge como un títere de ficción al suplantar la carencia de energía por funciones teatrales en las que puede desempeñar las proezas que su falta de carácter no le posibilitan en la efectividad:

«En las novelas románticas de aquel tiempo usaban los autores muy a menudo, en las circunstancias críticas, esta frase expresiva: ¡Un rayo que hubiera caído a sus pies no le hubiera causado mayor espanto! Sin querer, Bonis se dijo a sí mismo muy para sus adentros el sustancioso símil.»<sup>2</sup>

2. L. Alas, *Su único hijo*, Madrid, Alianza Ed., 1979, p. 96.

«Soñador soñaliento» Bonifacio se encara a imitar modelos falsos sin que ello le prive de complacerse en las comodidades caseras. Uno y otro adjetivo sellan el carácter de Reyes.

En Jeanne la huida del presente se desarrolla por la vía de la contemplación ilusoria de la naturaleza, contemplación postiza e ilegítima en tanto en cuanto la belleza habrá de subyugarse a los sentimientos de la muchacha; artificio frecuente en la literatura romántica, la concomitancia ciclo natural devenir humano aleja la narración de la precisión realista.

Asimismo, efecto de su ociosidad, aparece en Jeanne y Bonifacio la aspiración a conocer tierras y culturas distantes. El exotismo transporta a Jeanne y Bonifacio fuera del aquí y ahora, en una nueva ilusión que procura encontrar en lo remoto ese clima ideal para sus ensueños; los apasionados por los países lejanos confieren la plasmación de sus deseos a un mundo incorpóreo e imaginario.

El viaje, la gran obsesión de todos los escritores decimonónicos, herencia del siglo ilustrado, se interpreta —según Bachelard— por la inhabilidad para convertirse en seres activos. Aspirar a la amplitud del horizonte es una característica, en último término, de una personalidad estática y expectante.

Este proceder personal de los héroes es coronado por una conducta en consonancia a lo largo de la ficción, conducta definida como un replegarse a las circunstancias o aceptar sin rebelión los sucesivos infortunios. Actitud de renuncia ante el destino.

Actitud ciega y ofuscada a los signos que la existencia siempre ofrece en contra de los ideales. Recluida en la imaginación, Jeanne es incapaz de reparar en lo que ha quedado el sentimentalismo de su madre (cuyo romanticismo conlleva el tema de la asfixia en vida) o de su tía (tema de la muerte en vida); ni es hábil para atisbar una naturaleza que no siempre es embriagadora —sino también lúgubre— ni sabe interpretar la mitología clásica... que decora simbólicamente las estancias de su residencia.

Tampoco Bonifacio presta atención al hecho de que le resulta imposible vivir sin la seguridad que otorga lo material.

¿Qué decir de la simbología de sus nombres? son uno más de los signos premonitorios que en *Une vie* y *Su único hijo* revelan al lector el error de la desvirtuada concepción romántica en la que centran sus vidas.

La esperanza en que se cifran ilusiones y expectativas lleva como nombre la pasión amorosa. El amor es la pasión más sublime impuesta por los arquetipos románticos:

«Todas aquellas pasiones venían a parar en una sola, el amor [...] el romanticismo práctico venía a resolverse en amor.»<sup>3</sup>

3. *Ibid.*, p. 29.

Pasión amorosa nunca puntualizada ni especificada, conlleva un sabor de filigrana, de gracia excelente... sutilezas, vaguedad en una palabra. Pero siempre sensaciones. En efecto, *Une vie* y *Su único hijo* son novelas en las que la sensualidad juega un papel primordial. Los protagonistas gozan de una creciente e irreflexiva sensualidad que confunden con el amor. El amor es en sus mentes espiritual poesía, el amor suplanta a la religión en dar sentido a la existencia. Su error es identificar inconscientemente poesía amorosa con necesidades sensitivas:

«En cuanto al amor romántico, si bien comenzaba en la forma más pura y conceptuosa, solía degenerar en afecto clásico; porque, a decir verdad, la imaginación de aquellos soñadores era mucho menos fuerte y constante que la natural robustez de los temperamentos, ricos de sangre por lo común; y el ciego rapaz, que nunca fue romántico, hacía de las suyas.»<sup>4</sup>

La sensualidad confirma un juicio singularmente pesimista de Maupassant y Clarín: la incomunicabilidad del ser; la esencia del otro es inaccesible:

«s'apercevant pour la première fois que deux personnes ne se pénètrent jamais jusqu'à l'âme, jusqu'au fond des pensées, qu'elles marchent côte à côte, enlacées parfois, mais non mêlées, et que l'être moral de chacun de nous reste éternellement seul par la vie.»<sup>5</sup>

El hombre está condenado perennemente a la soledad. La conclusión subsiguiente se patentiza en ambas novelas: los personajes se perciben visualmente, se olfatean... Nos encontramos ante una reducción de sus conciencias en favor de cierta animalización.

Para las naturalezas románticas la pasión amorosa presupone la reconquista del universo dichoso de la infancia. Jeanne y Bonifacio procuran aunar en una misma persona al padre, al marido y al amante, a la madre, a la esposa y a la amante respectivamente.

¿Por qué entonces el matrimonio entre Jeanne y Julien o entre Emma y Bonifacio? El amor es inexistente, el amor cae fuera de las fisionomías externas, único reducto apreciable del otro. Sólo se perciben sensaciones del otro. Julien enamora a Jeanne a través de una comunicación visual tan vieja como el mundo:

«son dernier regard fut pour Jeanne, comme s'il lui eût adressé un adieu particulier, plus cordial et plus doux.»<sup>6</sup>

4. *Ibid.*, p. 29.

5. G. de Maupassant, *Une vie*, París, A. Michel, 1981, p. 88.

6. *Ibid.*, p. 40.

Jeanne se deja seducir simplemente porque encuentra a Julien gentil; lo mismo avista Emma en su marido. El otro no es valorado en sí mismo porque es incognoscible. De antemano el matrimonio está condenado al fracaso. El matrimonio es en *Une vie* y *Su único hijo* trampa que encadena a los consortes a perpetuidad según las teorías de Schopenhauer: la satisfacción de los deseos, de forma continuada, conlleva la saciedad, el aburrimiento. O, en otras palabras, el mito —Tristán e Isolda— sólo existe si existen dificultades. Si la pareja está sometida a la realidad cotidiana, la ilusión amorosa desaparece.

En las relaciones conyugales, Jeanne y Bonifacio gozarán de unos atributos femeninos (son seres pasivos) mientras que la posesividad de Julien y Emma les otorgan funciones masculinas: por sus respectivos intereses se fragua la boda —Jeanne y Bonifacio se limitan a consentir— y la vida marital vendrá prescrita según el provecho y comodidad de los entes varoniles.

Emma y Julien participan de una calidad —o mejor, carencia de calidad— afín y paralela. Tachados por la crítica, ella de ser diabólico, él de fuerza de la muerte, sus personalidades surgen antagónicas a las de sus cónyuges: Jeanne y Bonifacio viven de ideales, Emma y Julien, aprisionados por lo prosaico y material, se reputan superiores a su medio ambiente. Ofuscados por su elevado linaje se recluyen en un pasado muerto:

«el misterioso personaje del lienzo se ofrecía a los ojos soñadores de Emma como el tipo ideal de grandezas muertas, irremplazables».<sup>7</sup>

Emma suspira por medievales modelos caballerescos de los que su familia se ha rebajado y degradado. Julien representa una clase social moribunda... A pesar de sus encumbradas pretensiones están aferrados a lo más cotidiano y vulgar. En primer lugar su afición al dinero: Julien es un ser interesado, pero también lo es Emma cuya preocupación monetaria viene simbolizada por los dispendios superfluos.

Por otra parte, Emma y Julien, a menudo infractores de las normas morales y religiosas, se complacen en seguir un ritual establecido: Emma necesita justificar su honor y se casa con un americano viejo y enfermo antes que buscar a su escribiente de los quince años; Julien procura, por todos los medios, echar de casa a Rosalie y a su hijo bastardo en nombre del honor y de la reputación...

Ambos ignoran a Dios, pero cumplen con el ceremonial católico. Ambos se satisfacen en tomar despóticamente las riendas del hogar, en ser unos tiranos para quienes el esposo o la esposa inspiran el

7. L. Alas, *Su único hijo*, op. cit., p. 9.

mismo afecto «que hubiera podido inspirar al emperador romano su caballo senador».<sup>8</sup> Ambos, en fin, creyéndose sobresalientes, buscarán amantes acordes a su calidad, pero se unirán a seres medianos (Minghetti es un vividor; Gilberte, de carácter poco definido, aparece como una enferma irritable).

Y Jeanne y Bonifacio, henchidos de ideal, toman como objeto de su pasión a esos envilecidos seres. Poseen un conocimiento falso de sus cónyuges, pero además desconocen en qué reside la pasión:

«toute sa chair, caressée des brises, pénétrée des odeurs du printemps, se troublait, comme sollicitée par quelque invisible et tendre appel. Elle se plaisait à être seule, à s'abandonner sous la chaleur du soleil, toute parcourue de sensations de jouissances vagues et sereines qui n'éveillaient point d'idées».<sup>9</sup>

La concienciación: pasión-voluptuosidad no se efectuará sino tardíamente en el ánimo de Jeanne y Bonifacio. En el primer caso a través de la infidelidad conyugal; en el segundo cuando Bonifacio, en la escena más teatral de la novela, traslade la pasión a sus contactos con Emma. En ambas situaciones el conocimiento desemboca y marca el final de las aspiraciones a la felicidad por el amor. Descubierta la verdad de la pasión, esta sólo conduce al hastío y a la repulsa.

Descubierta la verdad, la vida se concibe como una muerte lenta y cotidiana. Vivir conlleva la desilusión porque la vida es fugaz y la monotonía conlleva el renunciamiento:

«voilà que la douce réalité des premiers jours allait devenir la réalité quotidienne qui fermait la porte aux espoirs indéfinis, aux charmantes inquiétudes de l'inconnu. Oui, c'était fini d'attendre».<sup>10</sup>

La simbología del sol, del mar, de la música, de la madre y de la infancia... como figuras principales, entre otras, otorga a ambas novelas una caracterización de la pasión romántica plenamente singular, pero también la familia desempeña en el ánimo de los protagonistas un papel primordial: Jeanne y Bonifacio percibirán en el amor de sus mayores la compensación a sus penas y lo cierto es que uno y otro personaje no pueden existir fuera de la órbita de la maternidad, ésta se configurará como el mejor resarcimiento.

El anhelo del hijo había surgido en el discernimiento de Jeanne de forma casi inconsciente, en Bonifacio de forma muy consciente: ésta es la diferencia fundamental entre ambas obras. Lo irrefutable

8. *Ibid.*, p. 19.

9. G. de Maupassant, *op. cit.*, p. 184.

10. *Ibid.*, p. 102.

es la necesidad de la pérdida de las ilusiones, de la juventud para que venga el hijo. La pasión es incompatible con la recompensa maternal.

Pero únicamente desde el instante del nacimiento —en Jeanne— desde la cognición del embarazo —en Bonifacio— la maternidad se arraiga en sus almas y deviene puntal básico: lo maternal adquiere una dimensión religiosa en el sentido de convertirse en principio conformador de vida. A falta de una dinámica religiosa auténtica, la maternidad se vive como un intento de salvación. Jeanne, Bonifacio se aferran a sus hijos porque ellos son la única garantía de eternidad que poseen.

Si bien otorgar a Bonifacio un papel pasivo, de matiz femenino, no resultaba excesivamente sorprendente en sus relaciones amorosas, el que pretenda ser madre y padre simultáneamente desconcierta el ánimo del lector. Aparte los móviles de pureza así logrados, Bonifacio, asimilándose a la madre, asigna a la maternidad un carácter consciente, su amor para con el hijo se traza como un acto voluntarioso. Mientras Maupassant relata en *Une vie* una historia que es la de todos los tiempos, Clarín adjudica a esa misma historia rango de redención, por ello escoge como protagonista una figura masculina, por ello hemos siempre asimilado a Jeanne y a Bonifacio. Éste, efectivamente, imagina la paternidad como un sacerdocio que exige preparación y sacrificios:

«como antes había soñado con ser padre, la gran dignidad que atribuía a este sacerdocio le había parecido merecer un plan, todo un plan de estudios *serios y profundos*, que pudieran servir en su día de alimento espiritual al hijo de sus entrañas».<sup>11</sup>

Si Emma se nos presenta tan repulsiva seguramente se debe al deseo de ensalzar la figura del padre. De esta suerte la misoginia de Clarín adquiere su supremo grado. En cambio, la misoginia no escondida de Maupassant se eclipsa en *Une vie* para dejar paso a la exposición de un tema colectivo: la madre, arquetipo de amor.

Del plano divino se pasa al humano: amor de padres a hijos, a nietos... misteriosa cadena de ternura, reveladora de magia a la cual Jeanne y Bonifacio intentan asirse. Arraigarse en la especie humana, he aquí el sistema para escapar a la nada. He aquí la salvación, pero he aquí asimismo la insidia furtiva porque el hijo carece de individualidad propia, no es un ser independiente, sino la oportunidad de superar los errores maternos. El amor de Jeanne y Bonifacio es anhelo de repetirse en lo creado y por ello el hijo es símbolo de acabamiento:

«Elle ne l'avait plus reconnu son Poulet, son petit Poulet de jadis. Pour la première fois elle s'apercevait qu'il était grand,

11. L. Alas, *Su único hijo*, op. cit., p. 120.



qu'il n'était plus à elle, qu'il allait vivre de son côté sans s'occuper des vieux. Il lui semblait qu'en un jour il s'était transformé.»<sup>12</sup>

Nacimiento y muerte se hacen así concomitantes. Para Jeanne y Bonifacio el hijo es una regeneración y por ello mismo quizás no están demasiado lejos del egoísmo de Emma y Julien quienes ven en el hijo signo de muerte. Para Emma muerte física: temor al perecer, de ahí su repudio. Para Julien muerte de sus aspiraciones: el hijo altera sus planes de economía, su poder familiar... Empequeñecimiento, degradación... apuntados también en esa ruina que se cierne sobre las dos parejas.

La aspiración de absoluto nunca se satisface por entero, sugieren Maupassant y Clarín. Si la respuesta romántica se brinda a todas luces equivocada, otras soluciones no se ofrecen consumadamente satisfactorias (ecos de Schopenhauer, para quien los hijos son una nueva trampa): en Jeanne, sobre la felicidad aportada por la nieta planea la sombra del desencanto del hijo y su virtual repetición; en Bonifacio, la duda nublará una dicha absoluta y la ironía de Clarín, próxima al esperpento, planeará a lo largo de todo el texto. No hay final, no hay momento culminante porque éste tampoco existe en la vida y... en esto, insinúan los escritores, consiste el vivir.

12. G. de Maupassant, *op. cit.*, pp. 256, 257.